

Presentación del libro *Relatos en la frontera* de Gustavo Andrés Murillo. Salta: Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, enero 2011 (Parte 1)¹

Por Elisa Moyano

El encuentro con los libros, solicitados algunas veces en una biblioteca o en una librería y rápidamente encontrados, suele tener, en otras oportunidades un recorrido más sinuoso. Esta es la historia de un encuentro anunciado. Transcurría el mes de febrero en la recova del cabildo de Salta Capital, cuando la voz de Santos Vergara desde una silla de un bar, me detiene para ofrecerme ser la presentadora de *Relatos en la frontera*, libro de un joven escritor nacido en Mosconi, Gustavo Andrés Murillo, en el marco del Abril Cultural próximo. No suelo aceptar sin leer, ante la duda de que el material sea una escritura que no provoque la mía y solicito tenerlo para dar la respuesta. A los pocos días me llega un archivo vía internet que comienzo a leer con avidez, no sin una espera ansiosa de juntarme con el volumen impreso ya que Santos me había anunciado que sería presentado en una fecha próxima junto con las otras publicaciones del Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta que lo había financiado. Grande fue mi sorpresa cuando en el acto publicitado como presentación, se convoca sólo a un par de escritores para pasar al estrado, quedando los otros en el cono de las sombras. Y claro, como “el derecho a la palabra es un privilegio otorgado por la sangre” según lo expresa desde su extraña lucidez el narrador del último relato de Murillo, esto se cumplió entonces implacablemente. Además, si se escribe en gauchescas y obsoletas sextinas, como las décimas que producía este mismo narrador-personaje, en “esos términos estafalarios que inventaron los señoritos del siglo XIX para disimular la lejanía extrañada con la que observaban su país” como ese mismo narrador lo señala, o si se escribe sobre Güemes, uno mantiene, no sólo una idea homogeneizadora de la nación basada en el rescate de lo gauchesco, sino también la hegemonía discursiva y puede estar en los importantes estrados. Si uno escribe desde o en las fronteras, no. Increpado por mí el Secretario de Cultura a quien dije que necesitaba conocer a Murillo para que me regalara un ejemplar de su obra, me respondió (aunque yo sospechaba haberlo visto en la puerta por la descripción de Vergara) que no había llegado (ahora sé que esto no era verdad). Quizá para aplacarme me dijo que podía retirar un libro de la pila. Ahí se produjo recién el encuentro anunciado.

¹ El texto sobre el libro de Gustavo Murillo consta de tres partes. La primera es la presentación que se hiciera apenas publicado en el Cine del Campamento Vespucio. La segunda presentación fue leída en Salta en el Abril Cultural de 2011 y la tercera “CONTRASTE ESTÉTICO/IDEOLÓGICO EN LA PERCEPCIÓN DE CIUDAD EN DOS CUENTOS DE AUTORES LOCALES (ZAMORA-MURILLO)”, en el CUARTO ENCUENTRO DE ARTE, Salta del 25 al 29 DE ABRIL DE 2012

Desde que estuvo ante mis ojos por internet me había preguntado el porqué de relatos en la frontera y no relatos de o desde la frontera, si, ya en la primera lectura, salta que sus historias ocurren en un imaginario caserío llamado Bermejo, pueblo de frontera con los indios, que hacen su irrupción de varias maneras. Por ejemplo, las mujeres indígenas de “Alas en la cabeza” entran a mendigar, la narradora de una de las “Tres versiones y tres tiempos de ella” a trabajar en una casa de familia. Sin embargo, aguzando la mirada se reconoce que son relatos que caminan en una frontera de otro tipo. Tal vez entre la literatura realista y el cuento fantástico como en el ya mencionado “Alas en la cabeza” en el cual la mendicidad de las indias se une al insólito adorno de pájaros vivos rondando su cabeza o como en “Los perros y la luna” en que los perros hablan. Tal vez entre la realidad y el sueño como en “Progreso” cuyo protagonista, en un sueño, sube por una torre en la que va retrocediendo en el tiempo hasta piedras pegadas sin argamasa y sabe que va a recibir “palabras inefables” o como en “Fin del viaje” en el que los planos de lo realmente vivido por un pasajero se mezcla con lo soñado. Lo cierto es que todos se inscriben en fronteras discursivas que nos hacen recorrer territorios aparentemente reales junto a otros oníricos o fantásticos que hacen muy válido el título de *Relatos en la frontera*.

Pero más allá de esta apreciación, volvamos al hecho de que muchos de ellos también ocurren en las fronteras. Sabemos que este tipo de territorio tiene la peligrosidad de ser un sitio donde se desestabilizan ciertas ideas monolíticas y monológicas de la nación. Traigo aquí la alegría de una coincidencia: la palabra frontera aparece en el título del libro de Murillo y en el de un ensayo mío publicado por el mismo Fondo Editorial, que también se presentaba aquel día ya que fue premiado en los concursos de la citada Secretaría durante el año pasado. Se trata de “Imaginar la Nación desde la frontera: el caudillo, el gaucho y el indio en las letras salteñas del siglo XX” en el que, al analizar como texto de fronteras *En tierras de Magú Pelá* de Federico Gauffin, hablo de la evaluación vigilante de la Nación que ejerce este tipo de texto y de la propuesta de una identidad menos monolítica que la impuesta desde los paradigmas homogeneizadores y citando a Andermann digo: “la frontera es aquel lugar donde se eclipsa la actitud del viajero, donde la lectura acumuladora de territorio va dando lugar a una escritura que imagina —sueña o alucina— patrias utópicas”

En efecto, de eso se trata, en el libro de Murillo no sólo ingresa el indio como personaje, hay un caso concreto en que “habla”: la narradora de una de las “Tres versiones y tres tiempos de ella” cuenta, no sin antes reconocer su pertenencia a las comunidades aborígenes. Se reafirmaría lo dicho por Fernández Bravo: “estos textos pueden ser leídos como fronteras de inclusión, espacios por los que se filtran otras voces que reformulan la representación de la cultura nacional”. La polifonía de este tipo de textos puede ser leída desde ciertos lugares hegemónicos como desestabilizadora y sus autores pueden sufrir un

cierto ostracismo como la que mencionábamos al comienzo; pero retomaremos esto al final.

Para no extenderme demasiado voy a centrarme sólo en las “Tres versiones y tres tiempos de ella” ya que hablar de todo el libro merecería una tesis o un tratado. Es el relato más curioso pues que está subdividido en tres partes: “Versión 1 (En la frontera)”, “Versión 2 (Antiguo Pacto)”, “Versión 3 (La mujer perdida)”. Cabe aclarar que, en una primera lectura, las versiones parecen hablar de tres mujeres distintas. Luego, gracias a ciertas marcas, es posible unir las historias hasta formar una que debemos reordenar, pues la 2 sería la única que plantea la vida de una muchacha que, ávida de lecturas de libros que un tío le proporciona y de una libertad mencionada como un “bien escaso sobre todo para las mujeres”, planea hacer un pacto con el diablo para engañarlo. Esta versión termina con la muerte de la protagonista. La primera y la tercera se superponen en el tiempo ya que una narra el increíble hallazgo, ocurrido a partir de unas inundaciones que destapan las viejas tumbas, del cuerpo incorrupto de una muchacha en el cementerio de Bermejo, cuya Iglesia se convierte en sitio de peregrinación; y la otra de la permanente aparición en las rutas de la zona de una mujer sin memoria que, luego de hacer el amor con los conductores que la levantan, solicita como único pago que se le narre una historia. “Ella es una personificación de la libertad” que tanto anhelaba en vida el personaje, según lo marca el narrador. Si en aquella lectura inicial pensé que la construcción de las tres mujeres estaba hecha en base a los estereotipos de la santa, la sabia y la puta, estudiados por Beatriz Sarlo, al unirse en lecturas subsiguientes las mujeres en una, los estereotipos resultan ser aspectos de un solo personaje que lo deconstruyen haciéndolo saltar en esquirlas: Venus tiene –al menos- dos caras.

Ya he señalado que la narradora de la segunda versión es una india que servía en la casa de la niña. Ella narra en primera persona su increíble historia de lectora infatigable y de su anhelo de una libertad que consigue con la muerte ya que, de su propia familia indígena, no quedaban más que recuerdos, así como del dialecto tribal que ella hablaba en otros tiempos. Está contándosela a sus nietos a quienes invoca en varias oportunidades: “nietos míos”, “niños míos”, “niños” y, además de narrar, reflexiona con ellos acerca de la muerte y su relación con la libertad. Si el narrador de la primera versión está en tercera persona y ha desaparecido tras su relato; el de la última, también narrador en tercera, afirma que la mujer perdida produce en el que le narra una historia una sensación de infinita libertad y deja (a la manera de Borges) su impronta al tomar la primera persona para decir:

Yo he decidido -aun tomando en cuenta la posibilidad de que este mito y yo al narrarlo seamos solo un episodio del largo sueño o pesadilla final de aquella niña que decidió engañar al diablo- culminar mi afán documentador saliendo a buscarla a través de rutas y

caminos para perderme también y merecer así hallarla algún día y recibir el premio casual de encontrarme liberado en el pozo laberintico de sus oídos infinitos.

Dejo para otras presentaciones que me va a tocar hacer otras líneas que me han llamado mucho la atención como el tema de los árboles en su relación con la eternidad o con el juego memoria / olvido (presente también en otros relatos), o el de las varias metamorfosis que me remitieron a Kafka, y termino no sin antes decir que el afinado caleidoscopio, cuyas pequeñas piedras serían los relatos donde están presentes los excluidos (los indios, las mujeres), me ha dejado gratamente sorprendida en su profunda y maravillosa heterogeneidad. Por eso pienso que, seguramente, entre todos, vamos a poder dar a conocer que existe una nación menos homogénea y monológica que la propuesta desde los sectores dominantes, en la que seguro van a ser posibles (en palabras de José María Arguedas) todas las patrias.

Presentación del libro *Relatos en la frontera* de Gustavo Andrés Murillo (Parte 2)

En un trabajo reciente para presentar en Vespucio, pueblo natal de Gustavo Andrés Murillo, su libro *Relatos en la frontera*, nos referíamos a la reunión hecha en Salta para exhibir los volúmenes publicados por el Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta que lo había editado, para marcar el realce que se dio a aquellos que adherían fuertemente a las hegemonías discursivas mientras que aquellos, como el que nos ocupaba, que caminan en las fronteras, con su carga de desestabilización del discurso hegemónico, quedaron eclipsados.

Vamos a centrarnos hoy en esos relatos que se animan a transitar las fronteras discursivas que hay entre la literatura fantástica y la realista que puede abarcar no sólo los estados de conciencia de los protagonistas sino también aquellos que se deslizan entre el sueño y la vigilia (“Fin del viaje”) o en el sueño profundo (“Progreso”); y que se permiten incluir voces relegadas como la del indio e inclusive las de doble exclusión como la de la mujer indígena. En el relato “Tres versiones y tres tiempos de ella” subdividido –como su nombre lo indica- en tres partes, concretamente en la “Versión 2 (Antiguo Pacto)”, la narradora en primera persona es una india que sirvió en una casa de familia en el poblado de Bermejo. Cuenta, dirigiéndose a sus nietos, la historia de la hija de sus patrones, una lectora infatigable con gran anhelo de libertad, y aclara que, de su propia familia indígena, no quedaban más que recuerdos, así como del dialecto tribal que ella hablaba en otros tiempos. Sin embargo, tiene conciencia del poder que sus percepciones del mundo natural han tenido sobre la niña. Dice:

A esa mente exigente pude yo entretenerla durante un tiempo enseñándole las leyes del monte, el respeto por los poderes que habitan sus plantas y animales y quizá allí se haya gestado la extravagancia que maduró en su espíritu díscolo. (p. 44)

¿Son estas fronteras culturales, con sus entrecruzamientos permanentes, las que permiten entender no sólo la sobrevivencia de la niña, sino también la posibilidad de pervivencia de la narrativa de Gustavo Murillo?

Veamos lo primero: el nombre de esta segunda versión, la contada por la india, hace alusión al pacto con el diablo que la protagonista pensaba realizar no para vender su alma sino para obtener la anhelada libertad. Y la obtiene. La niña muere y su cuerpo es enterrado en el cementerio de Bermejo. A partir de esto, entendemos la primera versión, la que una narra el increíble hallazgo, ocurrido a partir de unas inundaciones que destapan las viejas tumbas de ese camposanto, del cuerpo incorrupto de una muchacha, cuya Iglesia se convierte en sitio de peregrinación. También entendemos la tercera que habla de la permanente aparición en las rutas de la zona de una mujer sin memoria que, luego de hacer el amor con los conductores que la levantan, solicita como único pago que se le narre una historia. “Ella es una personificación de la libertad” que tanto anhelaba en vida el personaje, según lo marca el narrador. Imbuida entonces la protagonista de una doble sabiduría, la de los indígenas y la que le venía de los libros, burla al diablo, queda liberada de la corrupción de la carne y del peso de la memoria, y es un ser absolutamente libre que libera a quienes, como Sherezada, le cuentan episodios de vida o cualquier relato.

Varias líneas se abren acá: una es la del juego recuerdo / olvido que atraviesa cuentos como “El árbol de la memoria” o “La máquina del olvido” que tematizan la posibilidad de perder los recuerdos o de recuperarlos a partir del impacto de algo exterior a la conciencia: un árbol, una máquina. Otra línea es la de las percepciones del mundo indígena que, ejemplificadas recién con las de la india narradora, se hacen presentes en otros relatos, aquellos en los cuales, como ocurre en la narrativa de los grandes transculturadores de los que hablaba Ángel Rama (Arguedas, Rulfo, Guimaraes Rosa) los grandes modelos de la narrativa occidental (Borges y la infinita multiplicación de los mundos; Kafka y sus metamorfosis) son atravesados por percepciones de otro universo cultural, como había ocurrido también en los cuentos de G. Márquez. Vamos a analizar un relato en el que pudimos leer esta hibridación, o mejor, esta conjunción de mundos heterogéneos.

Se trata de “El destino del guardián”. En el texto habla un aborigen cuyos paisanos parten a la guerra para salvar al pueblo del hambre, no sin antes encargarle ser el cuidador de un árbol en el que se realizaban ciertos ritos de comunicación con las deidades ancestrales, con las que ellos tenían un pacto. En una primera secuencia posterior a la partida, el

guardián-narrador permanece junto al árbol y recibe la visita de las mujeres que han quedado en la aldea, las cuales le traen noticias de las batallas ocurridas. A medida en que la derrota pasa a ser cotidiana y las viudas comienzan a marcharse a buscar otros destinos, ese sostén se diluye y la soledad pasa a ser la única compañera. “Yo me quedé. No estaba seguro del retorno de mis hermanos, pero sabía que la verdadera derrota se consumaría al día en que el pacto se extinguiese. [...] Hubo días en los que sentí volverme pájaro o árbol o espíritu sin más ciclo que la persistencia de la fe.” (p. 34-35)

A pesar de presentir la metamorfosis que después ocurrirá, a partir de la observación de las hojas, irrepetibles como cada habitante del monte; de las ramas, formando un nuevo universo allá arriba; y de la intuición de las raíces “exactas en su asir constante”, el narrador comprende que en el árbol no sólo están las condiciones para comunicarse con los dioses, sino también que en él (por sus ciclos, lo sabremos después) puede verse un espejo del destino del pueblo, el cual no va a desaparecer mientras el narrador-protagonista, como un buen guardián, le fuese fiel.

La unión con el árbol llega a un punto tal en el que el narrador dice: “Cada ser vivo de los miles que poblaban el árbol fue parte de mi espíritu al poblar (tal como yo lo hacía) ese universo verde dentro del otro universo análogo, el del monte inabarcable” (p. 36)

Esta fusión tiene que ver con la entrañable relación que los indígenas del chaco tienen con la naturaleza. Sabido es que chiriguano mantienen una relación sacralizada con ella y que los wichi la deifican al punto de creer en un mundo separado en dos espacios: el celeste, dominado por Nilataj creador de las plantas, los árboles, los peces, las aves y los primeros hombres y el subterráneo dominado por los ajat, demonios que son dueños de los otros animales.

Pero un día ve la ciudad y se quiebra la identificación con la naturaleza y los dioses que en ella habitan. Dice:

Desgraciadamente, un día vislumbré fugazmente un nuevo mundo que me rodeaba. La ciudad se me apareció por todos los costados, me rodeó como una niebla transparente y refulgente al amanecer, brillando el neón y sulfurando columnas de humo a través del brillo de los insectos y de la niebla que dio marco y posibilidad a esa extraña aparición durante un instante que me desbarató la paz espiritual que había disfrutado cada día desde que recordaba.

A partir de esas vislumbres, el narrador se encuentra por un momento convencido de la inutilidad de su tarea. Llega a dudar inclusive de su propia existencia, a creer que él y el árbol eran ya fantasmas. Sin embargo y pese a ese pasajero desánimo dice:

Continué existiendo, recordando y esperando esas visiones y las vidas cotidianas que me mostraban, desde otros ojos (los de hombres y mujeres jóvenes) que sin quererlo se convertían en ventanas a través de las que yo podía conocer un mundo que no me pertenecía ni podía comprender pero tan humano en su humilde devenir, tan querible.

Entonces la vida del protagonista adquiere sentido: espera esas visiones de las diferentes experiencias, que tienen que ver con la vida que llevan sus paisanos en las ciudades, convencido de que él las unifica a través de un discurso que las enuncia. Entonces, más allá de los momentos de desaliento (llega de nuevo a dudar de su propia existencia), del olvido de las creencias y de la lengua colectiva de la que sólo el narrador recuerda unas pocas frases (las del ritual) y de su final transformación en un pequeño insecto, las visiones permitirán la sobrevivencia del narrador y de su pueblo, con el cual sabe que va a reencontrarse, debido a los ciclos vegetales de los que ya es parte:

Pero aun existo y sé que el ciclo del árbol es perpetuo, aun cuando nuestros hombres y nuestro tiempo se han disgregado, el poder verlos como visiones, aquí, a mi lado, en medio de las verdes ramas y de los insectos atareados es prueba de ello. Mi pueblo cambió más allá de las posibilidades imaginables. Solo yo, en esta existencia sin testigos, pude preservarme. [...] Aquí permanezco, parte ya de este universo vegetal, más allá de la bruma de los sueños y de los viejos presagios, sé que llegará el día del reencuentro.

La convicción de la posibilidad de un nuevo nacimiento o de la existencia de ciclos tiene que ver con un tipo de mentalidad mítica, propia de pueblos donde la modernidad con su concepción lineal del tiempo no ha dejado su impronta y esa es la gran esperanza del narrador-protagonista: habrá un tiempo en que, gracias a los ritos a través de los cuales él ha conservado la memoria de la etnia, todo un mundo de creencias volverá a estar vigente. A través de esta forma de narrar siguiendo la huella de los escritores tomados como modelos, los textos de Murillo, producidos a partir del molde de los géneros literarios occidentales, son perforados por otras mentalidades, y su narrativa se une a la de los transculturadores. A través de ella, su literatura tendrá una sobrevivencia similar a la de la niña que iniciada en la sabiduría indígena y lectora insaciable de los libros que su tío le conseguía en la vida, pasó, liberada y liberadora, a ser una escucha inextinguible de las historias de los viajeros. Siempre anclada en una producción perpetua de sentidos que los

CONTRASTE ESTÉTICO/IDEOLÓGICO EN LA PERCEPCIÓN DE CIUDAD EN DOS CUENTOS DE AUTORES LOCALES (ZAMORA-MURILLO).

Si dos autores salteños, Francisco Zamora y Gustavo A. Murillo, han producido textos en los cuales ciertos personajes pertenecientes a las zonas rurales transmiten su percepción de la ciudad, en un caso, a otros personajes que la reproducen en los diálogos, y en otro, por tratarse de un narrador protagonista, a un interlocutor (un narratario), y estas percepciones son absolutamente distintas entre sí, es necesario ubicar a sus autores en su época, en sus elecciones estéticas e ideológicas para explicarnos el porqué de esta diferencia.

Francisco Zamora era salteño por adopción. Nació en Tucumán en 1934, vivió luego en Jujuy y, desde 1969 residió en Salta, donde se dedicó al periodismo y escribió los cuentos de *El Llamaviento* (1975) y las novelas *La heredad de los difuntos* (1977) y *Bisiesto viene de golpe* (1983). En trabajos anteriores marcamos la consciente adhesión del autor a una corriente estética propia de los Andes meridionales que estuvo vigente hasta mediados del siglo XX, el indigenismo. En los libros construidos desde sus preceptos, el indio es visto desde fuera, concretamente desde un patrón ideológico marxista dado que se lo coloca en el polo desfavorecido de la dicotomía explotador-explotado. Los textos de Zamora, si bien tienen el mérito de haber *aggiornado* ideológicamente la narrativa de Salta todavía signada por un regionalismo positivista, resultan un tanto epigonales dado que estaban escribiéndose en el último cuarto del siglo XX cuando ya estaban en marcha los proyectos de los escritores, cuyos textos, inspirados en los grandes modelos de la narrativa occidental, estaban atravesados por percepciones configuradas en otro universo cultural, en los cuales el indígena o el afroamericano poseen no sólo una voz, sino también mirada propia. Aunque en muchos cuentos el autor intenta correrse del patrón ideológico indigenista para adherir a esta narrativa, según Ángel Rama, transculturada, pocas veces lo consigue como en el caso del cuento "La cometa", tal vez por el hecho de no ser un sujeto bilingüe y bicultural como José María Arguedas o por no haber tenido contacto suficiente con las comunidades originarias.

Gustavo Andrés Murillo, oriundo de General Mosconi, conocido pueblo petrolero del interior de la provincia, publicó este año su primer libro *Relatos en la frontera* en el que, por la pertenencia de su autor a una de las regiones con mayor población aborigen de todo el país, y por haber leído la narrativa de los grandes transculturadores (Arguedas, Rulfo, Guimaraes Rosa, García Márquez, entre otros), logra dar la voz al aborigen y transmitir algunas percepciones que provocan en el lector la impresión de que provienen desde dentro del mundo indígena.

Vamos a ejemplificar las afirmaciones hasta aquí realizadas con los cuentos “Huallpa”, de Francisco Zamora y “El destino del guardián”, de Gustavo Murillo.

Huallpa (lo desconocido como amenaza)

En este cuento la voz es la de un narrador omnisciente que cuenta, en tres secuencias, la historia de un pueblo puneño en el que la sequía prolongada provoca una sensación de apocalipsis. En la primera secuencia el cacique pide la sangre de una doncella para solucionar el problema. Al no haber ninguna para sacrificar, en la segunda, aunque no está la palabra del curaca pidiendo la sangre de otro personaje sino las acciones de la gente que toman como prisionero a Huallpa, inferimos que aquél ha pedido el sacrificio de éste. En la última, narra el accionar del curaca que arranca a la manera azteca el corazón del personaje. Esta inmolación posibilita el retorno de la lluvia. Ahora bien ¿por qué fue Huallpa el elegido? Era el único que había ido a la ciudad y, a causa de las cosas que contaba de ella, lo consideraban loco y el autor de todos los males. Después de la solución del conflicto, habla un personaje, transmitiendo la visión de la ciudad que el personaje había traído:

-No era malo. Sólo que aseguraba esas cosas. Que allá no se acaba el mundo sino al revés. Decía que el mundo empieza con ellos y termina aquí, con nosotros. Que esas gentes, más poderosas que nuestros dioses, andan por el agua sin ahogarse y vuelan con sus casas en el trueno. Que guardan los relámpagos y los parten en pedazos muy menudos para alumbrarse por las noches. Que sus llamas, hechas de metal con ruido, arrastran montañas y andan ligeras como el viento... ¡Cuántas cosas decía, pobre Huallpa! (1975:16)

El destino del guardián (lo desconocido deseable)

En el texto de Murillo habla un aborigen, cuyos paisanos parten a la guerra para salvar al pueblo del hambre, no sin antes dejar a alguien el encargo de cuidar un árbol en el que se realizaban ciertos ritos de comunicación con las deidades ancestrales, con las que ellos tenían un pacto. En una primera secuencia posterior a la partida, el guardián-narrador permanece junto al árbol y recibe la visita de las mujeres que han quedado en la aldea, las cuales le dan noticias de las batallas ocurridas. En la siguiente, a medida que la derrota pasa a ser cotidiana y las viudas comienzan a marcharse a buscar otros destinos, ese socorro permanente se diluye. A partir de ahí, además de su largo soliloquio, lo sostiene la sola compañía del árbol y los pequeños animales que lo habitan. En la extensa secuencia que da cuenta de su soledad, él mismo sufre una metamorfosis que lo convierte en un animalito y la ciudad se le aparece, en varias oportunidades, como una visión, negativa al principio, pero esperada porque sabe que, al verla, está viendo a los suyos:

Desgraciadamente, un día vislumbré fugazmente un nuevo mundo que me rodeaba. *La ciudad se me apareció por todos los costados, me rodeó como una niebla transparente y refulgente al amanecer, brillando el neón y sulfurando columnas de humo a través del brillo de los insectos y de la niebla que dio marco y posibilidad a esa extraña aparición durante un instante que me desbarató la paz espiritual que había disfrutado cada día desde que recordaba.* [...] Continué existiendo, recordando y esperando esas visiones y las vidas cotidianas que me mostraban, desde otros ojos (los de hombres y mujeres jóvenes) que sin quererlo se convertían en ventanas a través de las que yo podía conocer un mundo que no me pertenecía ni podía comprender pero tan humano en su humilde devenir, tan querible. Había pasado el tiempo, no puedo saber cuánto, pero ya no lo sufría porque esperaba las visitas de esas visiones sumidas en niebla, tan valiosas, familiares como el mismo árbol, como los seres que lo habitan.

Allí fue que entendí (y es lo que presiento aun hoy) que al sostenerse aun el pacto mis visiones son el reflejo del mundo por el que transitan hoy los míos. Mi pueblo persiste al persistir su fe aunque ésta quizás esté acotada y sobreviva sólo en mi persona. No tengo motivos para esperar que mi gente recuerde ya ni sus creencias ni al árbol, ni siquiera su lengua que yo mismo olvidé hace siglos, salvo por las bendiciones que deben ser pronunciadas en ciertos momentos cruciales del rito al que asisto todos los días, reptando diariamente las ramas de este árbol que de alguna forma *ya no es todo mi mundo porque me permite comunicarme con un universo desconocido para mí.* [subrayado nuestro]

Plantaremos una serie de oposiciones entre ambos textos en lo que hace a sus historias. En el cuento de Zamora un solo habitante del poblado indígena se va y a su retorno trasmite a los otros (uno de los cuales lo expresa) una percepción de la ciudad que tiene que ver con la del narrador: en la ciudad está lo bueno, el progreso (buques, aviones, luz eléctrica) y en el pueblo el atraso, la incuria y la indolencia que, desde una percepción lineal del tiempo, ellos deberían superar para obtener los beneficios de la modernidad. Sus palabras estigmatizan al personaje hasta el punto de ser denominado el loco y sólo su muerte traerá la salvación del pueblo.

En el de Murillo, un solo aborígen se queda junto al árbol cercano a la tribu y, en ese lugar, realiza cada día ritos que mantienen las creencias en los dioses y la memoria cultural. La visión inicial de la ciudad es negativa. Usa el adverbio “desgraciadamente” ante ella y, además, las columnas de humo que describe “sulfuran”. Todos relacionamos al sulfuro con el azufre, con un fuerte olor a huevos podridos y hasta con el diablo. El narrador personaje confiesa haber perdido la paz a partir de esa vislumbre. Después y, sobre todo a partir de su conciencia de estar viendo las vidas de los que se fueron, las visiones de la ciudad son algo deseable y querible y el guardián comprende que su tarea de mantener la memoria tiene sentido. A partir de su percepción del tiempo como un ciclo que imita los de la naturaleza, sabe que continuar vivo no es inútil: el pueblo regresará y habrá un nuevo nacimiento. No es aquí la muerte del protagonista, sino su perduración, incorporado a los ciclos de la naturaleza, la que va a salvar la etnia y a su cultura de la desaparición.

En el cuento de Zamora, el protagonista ha observado en el contexto de una concepción lineal del tiempo, que el progreso de la ciudad es lo bueno y el atraso del pequeño poblado rural, lo malo. Esta “diferencia” lo lleva a la muerte. En el de Murillo, el progreso de la ciudad (sus humos y neones) inicialmente es percibido en visiones de contaminación y muerte; mientras la permanencia junto al árbol es vida, porque habla de la unión a los ciclos naturales. Pero la ciudad es el *hábitat* de la gente que ha partido y cambia de valencia, ya que en ese su transcurrir ciudadano está la posibilidad, basada en una concepción cíclica del tiempo, del retorno y de una nueva existencia junto a la naturaleza de la que ya es parte el narrador- protagonista y a la que debe su duración.

¿Tiene esto que ver con lo que planteábamos al principio? La visión exterior del narrador en “Huallpa” se opone a la del guardián ya que aquella, contaminada de modernidad, desprecia lo ancestral con su dosis de salvajismo (aún se sacrifican ahí, en el pueblo de la ficción, seres humanos); mientras que la del cuento de Murillo, interiorizada como ocurre en los textos transculturados e inmersa en los ciclos naturales, revaloriza y redime la cultura local, cifrando en su rescate la pervivencia de los pueblos originarios que protegen la naturaleza de la devastación sostenida por el ideal moderno de progreso.

La ciudad puede ser vista, entonces, como amenaza, desde la perspectiva de una mirada ajena a la cultura que toma como objeto de conocimiento. Es claro que la percepción del autor de *Huallpa* está condicionada por sus lecturas y experiencias, no ajenas a la revalorización de las culturas originarias, sólo que las buenas intenciones no implican un conocimiento del saber y del deseo del otro. Murillo, en cambio, convive con el cruce cultural lo que lo habilita para no reproducir oposiciones tajantes y construir una narrativa que, como dijimos, se puede denominar “transculturada”.

BIBLIOGRAFÍA

Zamora, Francisco. *El Llamaviento*. Salta, Ediciones Culturales, 1974.

-----*La heredad de los difuntos*. Buenos Aires, Orión, 1977.

-----*Bisiesto viene de golpe*. Buenos Aires, Bruguera, 1983.

Murillo, Gustavo Andrés. *Relatos en la frontera*. Salta: Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, 2011.